

Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido universales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS :: De venta en todas las librerías

EDITORIAL GUERRI.-VALENCIA

La semana literaria popular

1936
Año 1937
Revista
ilustrada



Z

8144

Nº1

ESTAMPAS DE LA GUERRA

18509



ILIANA / FRANCISCA

La semana literaria popular

II EPOCA
N.º 1

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

MARZO
1936

¡Salud, camaradas!

Bajo el signo trágico del más espantoso crimen colectivo que registra la Historia de la Humanidad, en la hora angustiosa que vive el pueblo español, este pueblo que no ha consentido nunca ser pisoteado por los déspotas de todos los tiempos, reaparece esta revista.

Pretende ser una modesta aportación a la cultura popular y a los altos valores, a los inmensos valores morales de España, crisol de razas, madre de naciones, dominadora de continentes y propulsora de la verdadera civilización, inexistente allí donde no hay civismo, ciudadanía, libertad, por grande que sea el progreso industrial y técnico de un país.

El pueblo español es hoy el mismo que inmortalizó su nombre millares de veces en el curso de la Historia, y cuya indomable fiereza fué el escollo donde se estrellaron los más grandes genios de la guerra, antiguos y modernos. Dormitaba el león fatigado de sus glorias, cuando los malandrines que tantas veces abatió con sus zarpazos trataron de aprovecharse de su sueño para cazarlo a traición. ¡Vano empeño! Ya se halla en pie; ya sus rugidos atruenan al mundo y ya han pagado cara su osadía millares de cobardes mercenarios que codiciaban su piel.

Y ahora, como siempre que ha habido que hacer algo grandioso, inaudito, extraordinario y fecundo para la Humanidad, el pueblo español está dispuesto a realizarlo

En tanto, los que tenemos la misión de mantener el fuego sagrado de la cultura española hemos de esforzarnos en desarrollar nuestra labor con el mayor entusiasmo. A ello se reduce, y ya es bastante, todo el programa de trabajo de

La Semana Literaria Popular.



El nombre de Eduardo Zamacois tiene sobrado prestigio en la literatura española para que tratemos de hacer aquí una presentación, un elogio, una crítica, completamente innecesarios.

Hemos escogido su firma para iniciar los trabajos de "La Semana Literaria Popular", por ser uno de los valores representativos de mayor mérito en la actualidad. Eduardo Zamacois, con su enorme dinamismo, con su aguda perspicacia que ha sabido desentrañar los más complicados problemas psicológicos, puso siempre su pluma al servicio de toda idea noble y altruista, y es hoy uno de los más destacados paladines de la libertad.

Carirredondo, pequeño y ventru-
do, dueño de un vozarrón prepotente
y de una gran risa libertina, Juan
Matías era el más popular y alegre
de los doscientos cuarenta tripulan-
tes que componían la dotación del
Ciudad de Valencia. Sabía boxear,
cantar y pulsar la guitarra, y a be-
ber, nadie, ni aun los sedientos pri-
mados de los muelles de Londres y
de Hamburgo, le habían vencido. En
las noches de bacanal, Juan Matías
era campeón; sus camaradas admi-
raban su incansable afición a las
mujeres y su resistencia estomacal;
y de tal modo sus ahorros físicos lla-
maban la atención que, a ser con-

temporáneo de su tocayo Falstaff,
probablemente Enrique V le hubiera
admitido en su mesa.

Cenando con amigos en una ta-
berna de Marsella, conoció a Marta
Hebler, doce años menor que él, y
súbitamente un violento cariño le in-
vadió y ofuscó el corazón. Carnosa
y rubia, con una blancura de espu-
mas en los bien sembrados dientes
y un infinito dulzor en los ojos azu-
les, la moza, aunque poco ducha en
el arte de extraviar a los hombres,
desde el primer instante dominó al
marinero. Los cinco días que el *Ciu-
dad de Valencia* estuvo en Marsella,
Juan Matías los vivió al lado de Mar-

ta, en un callejón inmediato al Muelle Viejo, y a las pocas horas de hacerse el paquebote nuevamente a la mar, rumbo a Barcelona, los compañeros de Matías comprendieron que éste se había dejado en tierra el tesoro inestimable de su buen humor. Ya no decía chistes, caminaba alaciadamente, en los momentos de descanso buscaba los rincones solitarios, y sobre el bronce de su frente, hasta entonces desinteresada y feliz, apareció una arruga.

Cierta noche, a proa y al abrigo de una lona, Juan Matías habló con el napolitano Pietro Lorenci, su mejor amigo, que sabía tatuar:

—¿Tú te acuerdas bien de Marta?—le preguntó.

—¡Claro que me acuerdo perfectamente!

—Pues, si te atreves, quiero que me la tatúes en el pecho, aquí..., ¿comprendes?... Un poquito a la izquierda, para tenerla más cerca del corazón. Ella, al separarnos, me dio su fotografía, que puedes copiar...

Lorenci acogió la idea, más por gusto y pasatiempo que por lucrarse, y al siguiente día, en presencia de varios marineros, emprendió su trabajo. Tranquilo, sin siquiera parpadear, el enamorado afrontó el suplicio, y poco a poco, en la amplitud musculosa y soleada del pecho, fué perfilándose la graciosa cabecita de una mujer que tenía, al igual de Marta Hebler, los ojos mayores que

la boca, la nariz respingueña y corta y los cabellos rizos. Pero tanto como la acertadísima perfección del dibujo, suscitó general elogio la diligente presteza, la inquietud de vida con que el retrato se animaba no bien Juan Matías realizaba algún movimiento. Al menor temblor de la piel, los ojos latían, se iluminaban, temblaban las mejillas y los labios gordezuelos parecían hablar...

Para celebrar el triunfo del artista, sus admiradores trajeron vino. Juan Matías estaba alborozadísimo y, casi enternecido, no se fatigaba de observar en el espejito que sostenían delante de sí sus recias manos, aquella Marta, cuyo rostro parecía vibrar a cada nuevo latido de su corazón.

Corría el mosto, enardeciendo los cerebros, y alguien—quizá malignamente—manifestó la conveniencia de situar aquella cabecita, pelicorta y traviesa, sobre un cuerpo desnudo.

—Una cabeza así, suelta y como cortada—explicó—tiene mala sombra...

Juan Matías solicitó la opinión de Lorenci.

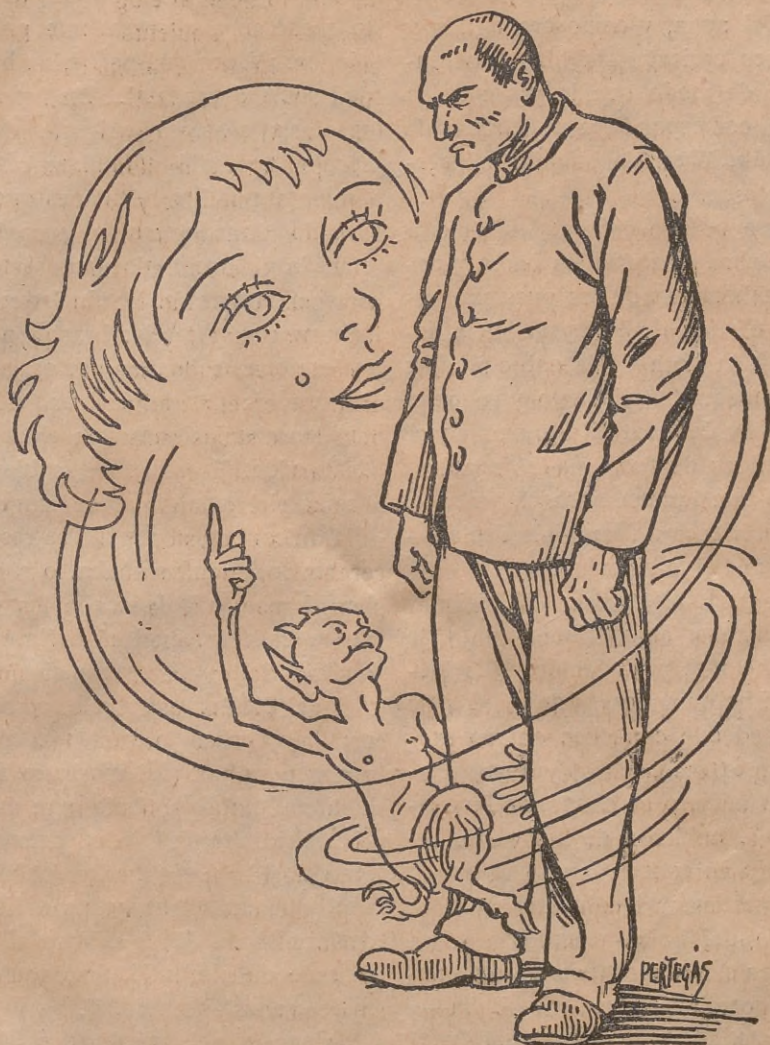
—¿Qué te parece, Pedro?

El dictamen del italiano fué aprobativo.

—Realmente—dijo—el retrato ganaría mucho.

—Pues por mí—repuso Juan—empieza cuando gustes, que el dolor no me importa.

Lorenci, entonces, con segura



mano, trazó la silueta de una mujer bien erguida sobre sus pies juntos y con los brazos en cruz, en la actitud de una bañista dispuesta a lanzarse al agua, y como era burlón y un poco caricaturista hizo traviesamente de modo que la parte de la mama correspondiese al vientre de la figura, lo que le infundía un perfil grotesco.

Este tatuaje estaba destinado a ser célebre en todos los bares y casas deshonestas de los puertos donde el *Ciudad de Valencia* hacía escala. A la hora de la sobremesa, y para mayor divertimento y regocijo de las lumias que les acompañaban, los amigos de Juan Matías rogaban a éste que les mostrase el pecho.

—Enséñanos a Marta—le decían—y beberemos a su salud.

Al principio, estas exhibiciones mortificaban al marinero, pues le parecían una profanación; mas luego fué habituándose, y los éxitos de hilaridad que con ellas obtuvo fueron tan extraordinarios y le granjearon tal número de simpatías femeninas, que hubieron de halagarle. Interesado en conservar su hegemonía en los momentos culminantes de la cena o del baile, cuando la orgía era más escandalosa, se desabotonaba la camisa—o se la quitaba—y con estentóreas voces empezaba a decir:

—¡Atención!... ¡Mírenme todos!... ¡Yo traigo aquí un cinematógrafo!...

¡Señores: la representación va a comenzar!...

Efectivamente, lo que Juan Matías llevaba en el pecho era, en cierto modo, una sorprendente película cómica. ¡Y con qué peregrina habilidad sabía devanarla!... En fuerza de autoinspeccionarse enfrente de un espejo, aprendió a realizar ordenadamente aquellos ademanes que, estirando unas veces y encogiendo otras la piel, comunicaban mayor expresión al tatuaje. Segúnladease la cabeza, o moviese los brazos, o contrajera sus robustos pectorales, la imagen de María Hebler vibraba con las simulaciones más elocuentes de la vida. Y ora sobre la bien estirada piel sus labios se alargaban hilarantes; ora, si aquélla se recogía, su rostro se enfurruñaba, o sacudía las piernas, o balanceaba las pomposas caderas, cual si bailase una danza criolla, o removía el vientre; y aquel vientre tumefacto, como fecundado, en cuyo centro el pezón negro y velludo del marinero simulaba un ombligo, tenía una fuerza clownesca irresistible. Contemplándolo, los hombres batían palmas y vaciaban sus vasos, y las daifas se desternillaban de risa. Para el enamorado de Marta Hebler, aquel tatuaje era una "mascota".

Cuando, seis meses después, el *Ciudad de Valencia* regresó a Marsella, Juan Matías buscó en seguida a Marta

—¡Mira lo que hice para mejor acordarme de ti!—exclamó—. ¡Eres tú!...

Y le mostró el pecho. A continuación realizó aquellos movimientos que tan maravillosamente reanimaban la figura, y Marta Hebler pensó morir de risa. Nunca había visto nada más original, más bufo, y en su jerga de "apachineta" marsellesa declaró que su amante era "tordan".

Otra vez el *Ciudad de Valencia* levó anclas y siguió proa a los puertos trasatlánticos y de Curaçao, La Cuaíra, Barranquilla y Colón; y luego traspuesto el canal panameño, hacia los más remotos de Guayaquil, El Callao, Mollendo, Arica Iquique, Antofagasta, Valparaíso... Y nuevamente en las mancebías y sórdidos cafetines de todos los muelles, la si-lueta de Marta Hebler sirvió para renovar los éxitos de su poseedor y enverdecer sus simpatías.

No obstante, el recuerdo de la francesita continuaba medrando en el sencillo espíritu del marinero, hasta ser obsesión y suplicio.

—Yo, para poder retirarla de la mala vida en que está, debía casarme con ella y hacerme pescador—pensó Matías.

Y apenas esta honrada intención le iluminó el magín, cuando decidió llevarla a término. Bruscamente sus relajadas costumbres desaparecieron. Dejó de beber y de frecuentar los lugares innobles adonde acude la ma-

rinería, y a bordo, ni aun en las horas de mayor calor y trabajo, volvió a desnudarse de medio cuerpo arriba, según había hecho siempre, por no enseñar el retrato de Marta.

En aquella ocasión, el *Ciudad de Valencia*, que necesitaba limpiar fondos, arribó a Marsella dos días antes del anunciado, y Juan, que desde el muelle corrió en automóvil al domicilio de Marta Hebler, sorprendió a ésta en los brazos de un hombre. Celosos los dos enemigos, trabáronse de palabras, acuchilláronse después, y Juan Matías mató a su rival.

Desde Marsella le llevaron, meses más tarde, al presidio de Tolón, donde debía extinguir una condena de cuatro años.

En aquella penitenciaría, a la que tantas evasiones y duelos sangrientos dieron un trágico renombre, la mayoría de los reclusos estaban tatuados, aunque ninguno tan graciosamente como Juan Matías, circunstancia que no tardó en granjearle una enojosa popularidad. El hubiese querido esconder su secreto, unido a su corazón por tantos vínculos terribles de amor y de sangre; pero no pudo. Como antes a los tripulantes del *Ciudad de Valencia*, ahora a los penados les complacía aquella mujercita desnuda que danzaba lúbricamente, semejante a las figuras de las películas, sobre el amplio pechazo del marinero. Muchas tardes, durante las horas de asueto, Juan Matías,

que era poco amigüero y procuraba mantenerse aislado, veía acercársele cuatro o cinco reclusos:

—¡Eh, tú, compadre!—le decían—. Haz bailar a tu muñeca; distraénos un poco...

Temeroso de irritarles y de provocar cuestiones, Juan, aunque de mala gana, les complacía, con lo que ellos experimentaban excepcional regocijo. El vientre peludo y deforme de la danzarina, especialmente, les sugería las consideraciones más obscenas y les hacía reír hasta verter lágrimas. Oyéndoles, Juan Matías suspiraba; bajaba la cabeza, y la sonrisa con que, transcurridos algunos instantes, daba por finada la representación, era como una mueca preagónica. Su actitud retraída, su melancolía y más aún su transigencia, fueron causa de que la colonia penitenciaria le juzgase cobarde.

—Es “un blanco”—murmuraban.

Cierta mañana, camino del trabajo, un recluso que presumía de buen mozo, y de eso había vivido cuando era libre, dijo a Juan:

—Oye, español: anoche soñé con tu querida.

Otro añadió, provocador:

—Cuando salgamos de aquí, has de presentármela.

Un tercero, a quien todos respetaban, exclamó:

—Con esa mujer he pasado yo una noche en Marsella.

Juan Matías. que hasta entonces

había permanecido callado y como insensible a las pullas con que sus compañeros le asaetaban, clavó en los ojos del baratero los suyos, a la vez taciturnos y resueltos.

—Eso es mentira—dijo.

Al bravo, con el latigazo de cólera que estremeciera sus nervios, se le mudó el color.

—¿Que no conozco yo a Marta Hebler, la rubia?...

—¡No!—respondió Matías categórico, presa repentinamente de aquel mismo vértigo homicida que le había encerrado allí—. ¡A Marta Hebler, la mujer que yo adoro, tú no la conoces!... ¡Mientes!... ¿Oyes?... ¡Mientes!... ¡Y me juego la vida!...

Su contrario, que, a fuer de valiente, no quería “ventajas”, replicó:

—¿Llevas ahí tu cuchillo?

—Sí.

—¡Sácalo!...

En los presidios—sus directores lo saben bien—todos los reclusos van armados.

Como para demostrar nobleza, el matón se había quitado, casi de un tirón, su chaqueta y su camisa. Juan Matías hizo lo mismo, y de nuevo, cual obedeciendo a un imperativo de la Fatalidad, sobre su pecho, tan firme y tan noble, la efigie de Marta Hebler reapareció. En torno de los beligerantes, los mirones, inquietos, ávidos de sangre, formaron círculo. Alguien gritó:

—¡Adelante!...

Dóciles a esta señal, los dos hombres se acometieron, corajudos, felinos, y sus ojos, aunque oscuros, tenían en aquel dramático instante el color del acero. Alternativamente ágiles y violentos, ambos rivales avanzaban, ciaban, retrocedían..., mientras en el tórax palpitante de su valedor la imagen de Marta, ani-

mada de una movilidad insólita, se rebullía alargándose o reduciéndose, lujuriente y grotesca.

Hasta que, de súbito, el puñal del baratero se clavó en ella hasta la cruz, y Juan Matías se desplomó exánime, y así aquel tatuaje maldito sirvió de epitafio a su corazón.

EDUARDO ZAMACOIS





Conmemorando el centenario de la muerte de Mariano José de Larra (Figaro), el gran periodista del pasado siglo, cuyas ideas se consideraban entonces avanzadas y cuyo ingenio fué el tormento de la censura en aquella época, publicamos este primoroso artículo, donde brillan la agudeza de ingenio, la fina mordacidad y la corrección de estilo que caracterizó la labor del preclaro humorista y romántico, verdadero exponente de la raza que no vacila en sacrificarse por sus amores y sus ideales.

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo. ¡Grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así. El hombre es un infeliz, por más que digan. Un poco fiero, algo travieso, eso, sí; pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores; si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Bufón y Valmont de Vaumare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista. Y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted a un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse a la fiera sobre la inocente presa, con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva que está por satisfacer.

Preséntele usted al lado un artículo de un periódico, el más lindamente escrito y redactado; háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar; y apártese usted algún tanto, no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérselo a usted. El tigre necesita devorar al gamo; pero seguramente que el gamo no espera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa, porque como no hablan se entienden. El fuerte no engaña al débil por la misma razón. A la simple vista huye el primero del segundo, y este es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar, necesitarán una academia para que se

atribuyan el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan. El león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a sus albedrío, sino para obedecerle. Y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una *robo*, a otra *mentira*, a otra *asesinato*, conseguirán no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio. El noble bruto, que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano, a quien sólo mataba para comer, matarale después por una cinta blanca o encarnada. Deles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán. La hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad: el pobre al rico por miedo y por envidia. Querrán Gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él no estarán de acuerdo. Estos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (o mejor, no sé lo que quiere decir), los que manden a los de baja cuna; allá no habrá diferencia de cuna... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella. De eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices. No pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha. El hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo en lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. Dígame usted que tiene talento. “¡Ciertol!”, exclama en su interior. Dígame usted que es el primer ser del Universo. “Seguro”, contesta. Dígame usted que le quiere. “Gracias”, contesta de buena fe. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra y dígame: “Te llevo a la gloria”. Irá ¿Quiere usted mandarle? Dí-

gale usted sencillamente: "Yo debo mandarte." "Es indudable", contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán y no palabras. "El hambre, ¡oh, lobos!, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre..." "Mentira", gritarán los lobos. Al redil. El hambre se quita con cordero..." "La hidra de la discordia, ¡oh, ciudadanos!, dice, por el contrario, un periódico a los hombres, yace derribada con mano fuerte. El orden de hoy más será la base del edificio social. Ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte. El iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado). De hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún..., etc., etc.". ¿Ha dicho usted hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad? Ved en seguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera. Con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

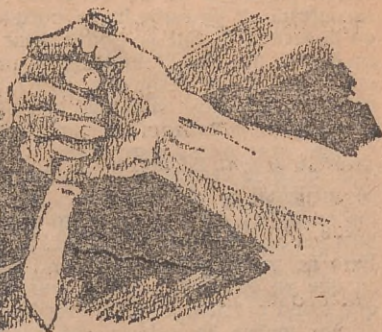
Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... Palabras todo, ruido, confusión. Positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

FIGARO



El delincuente

POR
MARIO
MARIANI



Entre los escritores considerados por la burguesía como rebeldes, ninguno ha escandalizado tanto a las gentes pacatas como Mario Mariani. Sus conceptos originalísimos y atrevidos, su aguda visión de la realidad despojada de los tupidos velos con que la rutina y el cretinismo ocultan muchos de sus aspectos, le han dado justo y merecido renombre, no sólo entre el público intelectual, sino entre las masas populares

Las páginas que a continuación insertamos constituyen una de las más interesantes y sugestivas producciones del ilustre autor de las "Meditaciones de un loco".

"Al excelentísimo señor procurador del rey:

Sólo me preocupa ya una cosa: la manera de acabar. No sé si agujerearme el cráneo de un balazo, atarme una piedra al cuello y arrojarme al río, beber un vaso de arsénico o dejarme caer desde una ventana al pavimento de la calle. No lo sé. El arsénico huele a ajo...; huele a ajo de un modo terrible... De no ser eso, ya me hubiera decidido, ya hubiera escogido. Sin embargo, es preciso que despache pronto, porque me persiguen, y sólo tengo siete francos en el bolsillo...

El caso es que estoy seguro de no haber hecho nada malo. Soy inocente.

Toda la policía de mi país va a mis alcances. Los diarios de Nueva York y de Londres publican mi retrato. Se comentan mis delitos. Se habla y se escribe de mí mismo, de mi frialdad, de mi astucia... Se maravillan de que durante veinte años largos haya podido tener encerrada mi alma de perfecto delincuente, de monstruo apocalíptico, dentro de una "boite à surprise", que exteriormente parecía un hombre honrado y pacífico, buen

padre de familia, buen empleado, buen ciudadano... Siempre pagué los impuestos, siempre voté al candidato conservador. Me casé pronto y supe soportar los cuernos con esa socrática resignación que es seguro indicio de excelente carácter. Mantuve y eduqué tres hijos que tal vez no eran míos. Vi que mi hija acababa en el arroyo, y no maté a su seductor. Hice... todo lo que debe hacer un pobre diablo para ser juzgado como una persona de bien por sus semejantes que le perjudican, abusan de él y, por añadidura, le escarnecen.

Y, sin embargo, he matado... He matado un día cualquiera... Y he matado porque sí, por nada... ¿Es un caso patológico, o es un caso fenomenal e inexplicable? ¿He matado yo o ha matado otro a quien no conozco? Expondré los hechos. Simplemente y sin garrambainas: la explicación no la puedo dar. Hace tres días que vivo escondiéndome, esquivando la caza de los agentes de investigación. Y si he vivido aún estos tres días ha sido solamente para buscar, con mi pobre cabeza cansada y aturdida, cualquier expli-

cación plausible de mi acto. No la he encontrado. Y ya estoy harto, porque tengo la certeza de que no podré sacar nada en limpio. Me voy llevándome mi problema. Piensen en resolverlo usted y los hombres de ciencia, si es que los hombres de ciencia son capaces de explicar algo...

Me voy, pues; pero antes de irme debo decir la verdad, y la escribo porque se encuentre a los culpables... Según yo, los culpables del primer delito son también los culpables de mi delito... Si ellos... Pero no precipitemos las cosas... Lo único que yo quisiera, señor procurador, es que usted prestase fe a mi escrito.

No mueva la cabeza con incredulidad, pensando mal de esta carta. Y no busque las sutiles razones que no pueda tener para intentar quitarme una parte de responsabilidad. ¿Qué interés tendría en mentir? ¿Qué iba a importarme ahora cargar con una culpa más? Pase lo que pase, soy hombre al agua. Soy una especie de perro rabioso, perseguido a garrapatos y a pedradas... Por lo demás, si se puede creer a un agonizante, créame. Soy un agonizante, y espero que, cuando usted reciba mi carta, mi cadáver se halle ya en cualquier cámara mortuoria.

Este hecho le ayudará a creer que quien pensaba castigarse por sí mismo, no podía pensar en separar a la justicia de la buena pista.

Pero antes de contarle, necesito poner un poco de orden en mi cabeza... Y no es fácil, porque no sé ni por dónde empezar. Ahora conozco hechos que desconocía la mañana del 27, y no sé cómo arreglarme para ignorarlos al referir a usted...

¡Basta! Creo que me explicaré de todos modos...

Como usted sabe, en la tarde del 26 o en la noche siguiente, el director y el jefe de contabilidad del Crédito Local, o sean el comendador Serregni y el caballero Siroli, fueron muertos a cuchilladas en el local de la sociedad anónima y precisamente en la oficina de caja, ante un arca de caudales abierta, de la que faltaban títulos al portador y billetes de Banco, por un importe total de quinientas setenta y tres mil doscientas treinta y seis liras con cincuenta y cinco céntimos. Recuerdo también los céntimos, porque el comisario los recalcó especialmente y me repitió la cifra.

Por la mañana del día 27 fui desper-

tado bruscamente por mi criada, que ponía rostro de espanto, y me dijo que en el recibidor había tres señores que deseaban hablarme. Apenas había tenido tiempo para notificarme en voz baja que se trataba de agentes de la policía, cuando tras su cara atemorizada vi aparecer la sonriente faz del delegado Capurri. El caballero Capurri fué muy amable conmigo, y ahora que he visto lo ocurrido no consigo explicarme su amabilidad, a no ser pensando que también él me creía inocente. Me dijo:

—Hemos de hacer un registro en su casa y tendrá que seguirnos a la Comisaría. Se trata de una grave acusación de la que ya le hablará el comisario; pero espero que no resulte nada en contra suya y que esta visita matinal no le acarree más que las naturales molestias. Vístase con tranquilidad, que ahí fuera le esperamos.

Le aseguro, señor procurador, que sólo experimenté una vaga sensación de aturdimiento. Mirando a mi criada, pálida y descompuesta, casi me venían ganas de reír.

Me vestí, realmente con tranquilidad. De vez en cuando asomaba un agente por la puerta de la habitación para ver si ya estaba yo arreglado. Luego guí al delegado y a sus dos ayudantes en el registro, que duró cerca de tres horas. Lo revisaron todo.

—¡Abrame este armario! Tenga la bondad de darme la llave de este cajón. Levante esta alfombra...”

Tras una hora de paciencia intenté preguntar:

—¿Podría saber, al menos, a qué debo el honor de esta visita?

El caballero Capurri, mirándome fijamente con ojos aguzados entre los entornados párpados, respondió:

—¿Es de veras que no se lo figura usted?

Repuse:

—No... No pertenezco a ningún partido...

El delegado se encogió de hombros para exclamar:

—No tiene que ver nada la política...

—Pues, entonces, dígame...

—No puedo decirle nada.

Y siguió sus operaciones. Infructuosamente. A pesar de ello me invitó a seguirle a la Comisaría. Pregunté nuevamente:

"—¿Me detiene?

Respondió:

"—Yo, no... Sólo tengo orden de llevarle al comisario Scareni, que le interrogará sobre...

"—¿No puede decirme de qué se trata?

"—Ya se lo dirá el comisario.

Echamos a andar. Recuerdo que durante el camino pedí permiso para comprar un paquete de cigarrillos y me dejaron entrar solo en el estanco, mientras ellos seguían adelante sin volverme a ver si les seguía.

Pensaba yo que no se trataría de nada grave Pero...

Eran las ocho de la mañana. Sin embargo, hacía ya mucho calor. Yo iba con la cabeza descubierta. Debí de ser el sol...

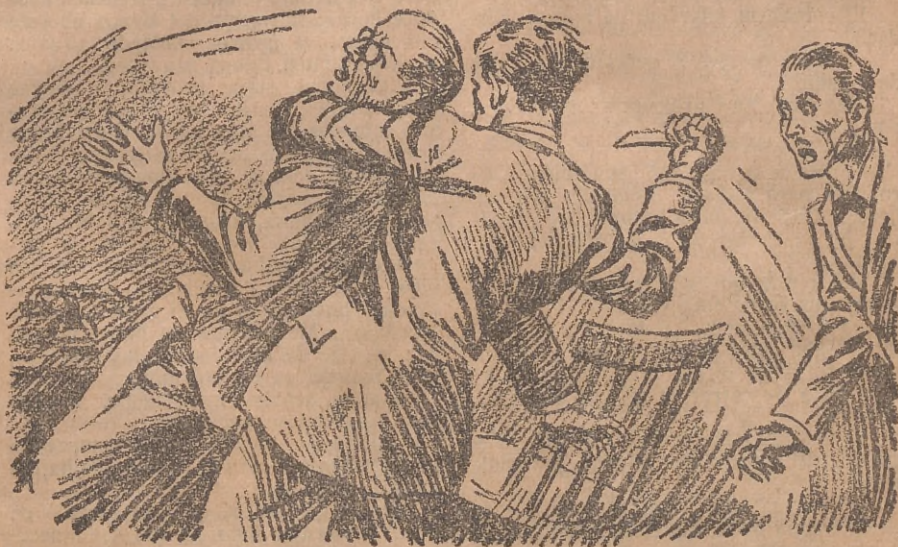
En la Comisaría no había nadie. Ni los empleados. Un "carabiniere" estaba de guardia ante la puerta de la calle; pero por las escaleras no encontramos alma viviente. El delegado Capurri me precedió hasta la puerta del despacho del comisario, y los otros dos agentes me seguían. Me hicieron esperar unos minutos, y cuando salió el delegado comprendí que iba a irse inmediatamente con los dos agentes, quizá para practicar otro registro.

Y mientras se alejaba me hizo una

señal para que entrase por la puerta que había dejado entreabierta.

Huelga, señor procurador, que le describa el despacho del comisario Scareni, porque bastante lo han descrito ya los periódicos.

Cuando entré, Scareni estaba sentado a la mesa y dirigía la vista hacia mí. Su cara no me hizo una impresión desagradable. En cambio, me resultó en seguida antipático el joven delegado Merri, que durante el interrogatorio actuaba de secretario, anotaba mis respuestas y se mezclaba en la conversación. Merri era el "joven de irónica sonrisa", ese joven de irónica sonrisa que comprende antes que los demás hayan hablado, que no cree más que lo que sabe él y que lo sabe todo, razón por la cual debiera creer en todo, aunque realmente no cree en nada, lo cual quiere decir que nada sabe. Esa gente me resulta inaguantable. Merri era siciliano, aunque hablando procuraba parecer de Toscana, vestía con esa elegancia meridional tan detestada por mí, y me miraba con una irritante malicia en sus ojos. Otra cosa que aumentaba mi irritación era una plegadera de metal blanco, a la que el sol, entrando por el balcón abierto, arrancaba fulgores. Aquellas refulgencias me deslumbraban, me exasperaban.



Scareni me indicó la silla y me hizo una seña para que me sentase.

Comenzó el interrogatorio:

—Esta mañana, a las cinco, el portero de la casa donde se halla establecido el pequeño Banco del Crédito Local, habiendo visto que todavía salía luz eléctrica por la ventana de la oficina de caja, ha sentido curiosidad y ha mirado por las rendijas de las hojas cerradas. ¿Adivina usted lo que ha visto?

—¡No!

—Pues ha visto... Mire: es inútil que yo emplee estratagemas para hablar con usted... Usted está empleado en el Crédito Local hace diez años...

—Doce.

—Perfectamente: doce. Tiene un sueldo de mil setecientas cincuenta liras mensuales.

—En efecto.

—Y ha enviado usted a su mujer y a sus hijos a tomar los baños...

—No sé qué tenga que ver con esto.

Entonces intervino Merri, diciendo:

—¿No le parece que mil setecientas liras...?

—Mil setecientas cincuenta...

—Es igual. De todos modos son pocas para enviar a la mujer y a los hijos a Viareggio...

—Es que también llevo los libros de la fábrica de muebles Sarchi...

—Además, tiene usted deudas...

El comisario intervino de nuevo, para decir:

—A fines de mes le vencían dos letras de cambio...

—Me habían prometido renovarme una...

—¿Y la otra?

—Todo se arreglará... Aun faltan cinco días para pagarle. Sólo son dos mil liras... Entre la paga y los extraordinarios he de recibir cerca de dos mil seiscientas...

—Le repito que sea franco conmigo... ¿Para qué voy a enmarañarle? ¿Para qué me va a engañar?... Le vuelvo a preguntar si sabe usted lo que ha ocurrido esta noche o, mejor dicho, ayer por la tarde, a la hora de cerrar la oficina de caja...

—No.

El delegado Merri movió la cabeza y sonrió. El comisario añadió paternalmente:

—Fíjese en que usted se quedó ayer en la oficina hasta las siete. Mientras los

demás empujados se marchaban, usted fué llamado por el comendador Serregni y por el caballero Sirolli, que necesitaban unos datos, unos documentos... Como ve, lo sabemos todo... Y voy a darle un consejo. Confíese. Con ello nos evita mucho trabajo, nos evita atormentar a un inocente, y... ¿Quién sabe! ¿Una buena confesión..., con sus precedentes!... Puede admitirse que se trata de un súbito desequilibrio..., de una enfermedad mental...

—Pero, ¿qué es lo que he de confesar?...

Entonces, el comisario Scareni cambió de tono. Se puso en pie, dió un terrible puñetazo en la mesa, me clavó en la cara unos ojos muy abiertos y aulló:

—¡Por Dios!... O usted es inocente, o se ha pasado la vida trabajando de actor. Le advierto que no se trata de ninguna tontería. ¿No sabe, verdaderamente, lo que ocurrió ayer, entre siete y ocho, en la oficina de caja? Pues yo se lo diré. El comendador Serregni y el caballero Sirolli fueron asesinados a cuchilladas, degollados, junto a la caja de caudales, que estaba abierta. Y de la caja de caudales fueron sacados títulos y billetes de Banco por un valor total de quinientas setenta y tres mil doscientas treinta y seis liras y cincuenta y cinco céntimos... El médico forense, que ha examinado a los dos cadáveres, todavía no levantados, asegura que la muerte data de lo menos hace doce horas; la puerta del Banco no está violentada, el último empleado a quien se vió salir del Banco fué usted...

La cabeza, señor procurador, se me dobló sobre el pecho. No sé qué me ocurrió entonces. No lo recuerdo. Quizá había dormido poco la noche anterior y tenía los nervios tensos... La hipersensibilidad de la somnolencia... El puñetazo del comisario en la mesa, diríase que había chocado contra mí; los fulgores de la plegadera continuaban hiriéndome en los ojos; la sonrisita del delegado Merri continuaba hiriéndome en el alma... Quédé aturdido... Me acuerdo de haber notado una especie de zumbido en las orejas..., unas tenazas en el estómago...

Scareni sentóse nuevamente. Y añadió, dirigiéndose hacia mí:

—¿Se pone pálido?... Lo comprendo perfectamente... ¿No le parece que ha llegado la hora de confesar?...

Repito que no sé qué me sucedió en aquel momento. Sólo sé que sentí nece-

sidad de confesar. Sin levantar la cabeza, antes bien, bajándola más, dije que sí. Con el raballo del ojo vi que la cara del delegado Merri se iluminaba de alegría, de una alegría casi felina... ¡Ay! En esta vida, muchos hombres me han hecho daño, mucho daño, y he tenido que odiarles; pero no recuerdo haber odiado nunca a nadie con la intensidad con que en aquellos diez minutos odié a Merri... Por él, no me arrepiento... El comisario lanzó un suspiro de satisfacción, pero sin malignidad. Era, sencillamente, el buen empleado que cree haber cumplido con su deber y a punto de terminar una labor difícil. Concluyó diciendo:

—Ahora... Cuéntenos cómo ocurrieron las cosas... Se trata de simplificar... No podemos saber... En el despacho no estaban más que usted y las dos víctimas...

Yo callaba. El prosiguió:

—Comprendo su sentimiento de pena, su remordimiento... Vamos a ver... Procuraré reconstruir la escena en todos sus detalles; usted, si me equivoco, corrija-me... A usted le llamó el comendador Serregni, mientras los otros tres empleados, las dos dactilógrafas y el ordenanza se alejaban... El tenedor de libros Ferri ha declarado que usted le había dicho que se fueran todos, que ya cerrarían él o el contador... Por tanto, en el Banco no había nadie; excepto ustedes tres. Y estaban en el despacho de caja, frente a la abierta caja de caudales. Usted vió en los estantes montones de billetes grandes, de títulos. Se acercaba el final de mes y sabía usted que por la mañana el caballero Sirolli había ido a sacar dinero al Comercial... Pero hay varias circunstancias que no podemos poner en claro sin su ayuda... Una de ellas, sobre todo, tiene gran importancia... Dígame... La idea de... ¿se le ocurrió cuando vió la caja abierta, o bien meditaba el golpe hacia tiempo y lo preparaba con antelación?... ¿No contesta?...

No contestaba. Pensaba. Mi cerebro laboraba siniestramente. El comisario Scareni, con su rostro sereno y simpático, de actor de carácter en una compañía bufa, no me tenía inquina, sino que cumplía su deber escrupulosamente... Pero, ¡qué deber tan triste!... ¿Cómo podía poner en juego con tranquilidad aquella perfidia de esbirro?... No solamente había querido arrancarme la confesión, sino que tendía asimismo a hacerme confesar la

premeditación para quitarme toda escapatória, toda posibilidad de disminuir mi culpa en concepto del jurado y de obtener la más leve rebaja de pena. Quería enviarme a los tribunales con treinta años de reclusión bien firmes sobre la espalda. Quería quitar al hipotético abogado defensor todo argumento.

Perdone, señor procurador; pero el oficio de inquisidor, que es su oficio, es un oficio muy feo... Ya sé que está creciendo toda una generación de jóvenes que pone todo su afán en la delación, que tiene el orgullo de hacer de espía. Se comenzó por crear el tipo heroico, que fué el de Sherlock-Holmes, y luego, todos los buenos chicos de buena familia han considerado, como un deber altamente moral, convertirse en polizontes. Yo, frente a esta generación, me siento tremendamente viejo. Para mí, en la escala de los valores morales, el espía está por debajo del asesino, del ladrón, de la prostituta, del fullero, del rufián. El espía es el ser más innoble que ha producido nuestra civilización. Y actualmente no se puede estrechar una mano sin pensar con asco que probablemente se estrecha la mano de un espía, no se puede decir una palabra sin temer que esta palabra sea soplada dos horas después en la Comisaría.

Yo, señor Procurador, no siento ningún aprecio por su oficio; pero lo que sobre todo me resulta odioso en ese oficio es el encarnizamiento en cumplirlo. Y el caso es que los espías se encarnizan con toda víctima. Comprendo que un hombre, en un país económicamente pobre, puesto en el dilema de morir de hambre o emigrar escape de la tenaza y acabe siendo policía o magistrado; lo que no comprendo es que goce siéndolo. Ya sé que los policías y los magistrados son un cáncer necesario a toda república y a todo gobierno. El fracasado de la vida, que no sabe trabajar ni producir, que ni tan siquiera sabe ser periodista o político, puede verse en el caso de ser agente de la seguridad para huir a los riesgos de la delincuencia. En los jardines hay parásitos que destruyen las plantas y sapos que destruyen los parásitos. Pero yo no busco en los jardines ni los parásitos ni los sapos; busco las rosas. Y me da asco pensar que el hombre pueda sentirse orgulloso de su misión de sapo, y pueda alardear de astucia y de perfidia con el

insecto que ha de engullirse, y gozar con su agonía, y perfeccionar los métodos del suplicio.

Por eso, cuando el comisario Scareni se esforzaba en hacerme confesar la premeditación, me daba asco. Y todavía más asco me daba Merri, que con el rayo maligno de sus ojillos grises seguía aprobando sus maniobras y animándole a que insistiese, seguía demostrando que gozaba con verdadera voluptuosidad de mi abatimiento y de mi descorazonamiento.

Recuerdo que estos pensamientos que ahora refiero a usted casi con orden, danzaron en aquellos breves minutos una extraña danza en mi cerebro. Recuerdo que los sentimientos que intento explicarle se agitaron, convulsiva y caótica-mente, en mi interior.

Scareni, que estaba en pie ante unos estantes, decía:

“—Figúrese que esto es la caja de caudales abierta... Reconstruyamos la escena... El comendador Serregni estaría de pie y de espaldas ante la caja... Y digo de espaldas, porque fué herido en el cuello oblicuamente y cayó con la cara vuelta a la caja... ¿Dónde estaba usted?... ¿Dónde estaba el caballero Sirolli?... ¿Cómo ninguno de los dos tuvo tiempo de gritar ni defenderse?... Reconstruyamos la escena... Suponga que yo soy Serregni y que Merri es Sirolli... Usted, pues...

Entonces, señor procurador, me salió un relámpago del cerebro, me atravesó la caja del cráneo con su luz de azufre quemado y me dejó en una completa obscuridad. Las palabras del comisario habían levantado de pronto un telón... La situación se repetía idénticamente... La habitación de la Comisaría se convertía en el despacho del Crédito Local... No estaban los empleados... No había nadie en la escalera... En un cuarto había tres hombres, que vivían un terrible drama...

En la obscuridad de mi alma oí que la voz de Scareni insistía:

“—Usted, pues... Pero vayamos poco a poco... El arma homicida no fué encontrada... ¿Qué arma era?... ¿Dónde la escondió?... ”

Hasta aquel momento yo no había hablado ni hecho ningún gesto; me había limitado a callar, abatido, desplomado, paralizado... Pero cuando oí hablar del arma hice involuntariamente con la diestra un gesto que me traicionó para siem-

pre: la mano se apresuró a palpar el bolsillo de la americana... Desde los tiempos en que algunos domingos solía salir de caza, llevo siempre, señor procurador, una vieja navaja de tres muelles y hoja de laurel. Es la única velocidad belicosa de un pacífico burgués como yo. La mano, pues, se apresuró a asegurarse de que la navaja estaba en su sitio de costumbre. El delegado Merri se dió cuenta del gesto, adivinó y gritó con diabólica alegría:

“—La lleva en el bolsillo. ¡Todavía la lleva en el bolsillo!...”

El comisario se alteró menos, y prosiguiendo tranquilamente su trabajo dijo:

“—Está bien. Es extraño que el delegado no le haya cacheado... Enséñenos la navaja e indíquenos cómo obró...”

Mi mano había entrado en el bolsillo y salió armada. Cogiendo con la zurda la hoja, abrí la navaja. Los tres muelles hicieron un ruido de hierro oxidado, de dientes rechinantes...

Y el caballero Scareni seguía diciendo:

“—Perfectamente... Usted tenía la navaja abierta e hirió primero a Serregni aquí...”

Se llevó el dedo al cuello, bajo la mandíbula, a la derecha de la carótida...

Entonces, todo mi cuerpo, sin que yo quisiera, se convirtió en un muelle de acero; hubo en mí una formidable voluntad que no era mía. Mi mano derecha apretó el mango cabritero casi hasta hacerlo crujir, y todo el mecanismo de metal en que se había transformado mi cuerpo se estremeció e hirió. Ni en mis años juveniles he tenido en los miembros tanta elasticidad, tanta fuerza, tanta rapidez. Todo sucedió en una fracción infinitesimal de segundo. Me encontré con la rodilla izquierda sobre la mesa, con los dedos de la mano izquierda enganchados en el cuello de la chaqueta de Scareni y golpeando con la derecha fulminantemente en el punto indicado por él, querido por él...

Noté que la izquierda sostenía un peso enorme, que el cuerpo de Scareni se soltaba sin lanzar un gemido... Sólo se oía el glu-glu del cuello cortado...

Me volví a mirar a Merri. Su rostro de malvado se había petrificado en un espasmo de terror... Tenía la boca y los ojos desmesuradamente abiertos... Ya no reía; entonces quien reía era yo... Y era una risa siniestra que, aun cuando mis mandíbulas se mantenían encajadas, me

contraía todos los músculos de la cara, se me salía por los ojos y me arrancaba la piel... Aquella risa mía le paralizaba... Me miraba sin que se atreviera a moverse, como hipnotizado, sin poder gritar... Me figuro que sufría la misma fascinación mortal que sufre la gacela ante la mirada de la serpiente boa...

Al cabo de un instante di un salto y le herí en el cuello desesperadamente, reiteradamente.

Se llevó las manos a la herida y las levantó rojas de sangre... Aun veo aquellas manos coloradas, en lo alto, como pintadas en el blanco techo... Luego, se arrodilló... Había muerto. Y yo estaba tranquilo, en calma...

Me miré las manos sucias de sangre, el traje desarreglado, los cabellos en desorden. En un rincón había un lavabo... y un espejo.

Me lavé las manos poco a poco, me asee, me arreglé. Y luego de encender un cigarrillo salí, poniendo una cara jovial, de serenidad y satisfacción.

En el vestíbulo sólo había un ujier que cepillaba un viejo diván. Apenas se volvió para mirarme mientras hacia con la cabeza un vago saludo. Bajé la escalera sin ninguna prisa.

Junto a la puerta, estaba de guardia el "carabiniere" que me había visto entrar poco antes. También me sonrió vagamente. Pasaba un tranvía, subí a él y me encontré a salvo, de momento.

Cuando me convencí de que no me seguían pude respirar, recogerme y reflexionar.

Y lo primero que se me ocurrió fué esto: ¿El que mató a Serregni y a Sirolli habría hecho como yo?

Porque a los dos primeros, ilustre señor procurador, no los maté yo.

Y en el fondo, el asesino de mis dos superiores es también culpable del asesinato de los dos subordinados de usted. De no ser por él, no me encontraría yo como me encuentro.

La señorita Beltrami, que vive en el cuarto piso del edificio donde se halla el Crédito Local puede testimoniar que yo me despedí en el rellano del caballero Sirolli a las siete y veinte. Luego fui con ella hasta la pastelería de la estación, donde la invité a un aperitivo. Luego, la señorita Beltrami me acompañó hasta el restaurante Gordi, donde estuve comiendo, escribiendo dos cartas y jugando

do unas partidas de tres siete hasta después de medianoche. Me acompañaron a casa dos amigos: Mastrocinque y Cantelmi.

Así es, que podía justificarme fácilmente y de una manera concluyente.

¿Por qué no me justifiqué ante Scarení en vez de matarle?

Me gustaría, señor procurador, que usted me explicase eso. O que me lo explicase la ciencia, si es que la ciencia puede explicar algo.

¡Oh, qué sentimientos de confusa irritación se arremolinaron en mí! Sé que me pareció enorme que la sociedad, al cabo de veinte años de honrado trabajo y de una conducta rigidamente moral, pudiera acusarme de tan gran delito basándose en una vaga apariencia. Sé que me pareció monstruoso que se me pudiera inculpar de haber matado a dos hombres, a dos bellísimas personas, a dos padres de familia, para nivelar mi presupuesto personal que presentaba un déficit de seis mil doscientas liras: cantidad ridícula si se tiene en cuenta que yo, entre sueldos y gratificaciones, trabajos extraordinarios fuera de la oficina y algún que otro negocio, gano casi cuarenta mil liras al año. Sé que aquella mañana me exasperaron muchas cosas, y especialmente la cara de Merri... Pero de todos modos no puedo explicarme cómo pude...

Me devoran muchas curiosidades. Quisiera saber quién se introdujo en el despacho después de las siete y veinte para llevar a cabo libremente la matanza, y quisiera que un psiquiatra me explicase de qué clase era el huracán que se me desencadenó en el cerebro la mañana del día veintisiete en el despacho del comisario Scarení.

Quizá no pueda satisfacer estas curiosidades. Cuando usted reciba esta carta, seré cadáver, estaré en cualquier cámara mortuoria. Quizá me corte el cuello con la misma navaja con que corté otros dos... *Omne trinum est perfectum...* O me ahogaré en una charca...

Hace tres noches que me emborracho para olvidar; pero el vino de los asesinos da unos sueños terribles...

Encontrarán mi navaja encima de mí. Se la regalo. Le dará suerte.

Suyo afectísimo,

Vicente Martelli
Tenedor de libros



A LAS HEROINAS AIDA LAFUENTE Y LINA ODENA

¡Aida Lafuente
y Lina Odena!
que, cual rosas fragantes
y castas azucenas,
a la Patria ofrecisteis
vuestras esencias buenas:
fuisteis luchadoras
de arrebatado ardor,
apóstoles fervientes
de un ideal de amor,
justicia y libertad,
y disteis por él
cuanto pudisteis dar:
¡la sangre! ¡la vida!
y fuera vuestro afán
redimir a los parias
de la opresión bestial
del inhumano fascio,
de la negra reacción,
y de la tiranía
del militar feroz.

—
Con íntimos fervores
fuisteis a la pelea,
tras de haber empleado
toda la inteligencia,
los mayores desvelos,
por apartar del mundo

los tenebrosos velos
de ancestral ignorancia
y de todo atavismo;
¡por eso batallasteis
con tan bravo heroísmo!

De hoy en adelante
murmurarán las auras
himnos de paz y amor,
¡copiados del ritmo
de nuestro corazón!

e hoy en adelante
tendrán más claro brillo
todas las estrellas,
¡porque alzasteis el vuelo
y os fuisteis con ellas!

De hoy en adelante
el sol y la luna
—que besaron vuestra cuna—
besarán los rojos lirios
que ornarán las frentes
de nuestros combatientes
premiando sus martirios.
¡y besarán la Historia
que guarda la memoria
de vuestras heroínas!
¡¡de la gloriosa Aida!!...
¡¡de la gloriosa Lina!!

Julio Menéndez García



Una obra póstuma del insigne novelista popular Mario d'Ancona es un verdadero hallazgo para sus admiradores, para el numeroso público que devoraba su prosa sencilla, sentida y conmovedora.

Hoy podemos ofrecer al público esta novela del maestro, gracias a la minuciosa labor de recopilación y examen que algunos compañeros hicieron entre los desordenados papeles que al morir dejó Mario d'Ancona, sorprendido por traidora y rápida enfermedad en su incesante tarea, en su noble misión de proporcionar a las clases humildes el goce espiritual de la literatura, de poner al alcance de todas las inteligencias los encantos del arte y la belleza.

Capítulo primero

MALES DEL CORAZÓN

El aire helado y sutil del Guadarrama azotó las carnes ateridas de dos pequeños, que a despecho de la crudeza de aquella noche madrileña caminaban por el paseo de la Castellana, estrechándose, para librarse un tanto de la ineluctabilidad del tiempo, contra el cuerpo de una mujer.

En el hosco silencio del paseo, que parecía desierto a la sazón, el paso de estos tres desgraciados se confundía con el gemido lastimero de los árboles, al ser sacudidas sus ramas desnudas por el viento.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tengo frío!—murmuró, como un suspiro, uno de aquellos niños.

Le apretó la madre aún más contra sí, como si quisiera que el escaso calor de su cuerpo pasase íntegro a aquellos hijos de su carne. Por milésima vez, su mirada, preñada de angustia, se elevó hacia la altura.

—¡Espera, hijo mío! ¡Espera!—sollozó.

En silencio, sin que la más leve esperanza tuviese cobijo en el corazón de aquella infeliz mujer, continuó su camino de dolor, sin un rumbo definido, cara siempre a la noche cerrada y cruel.

De improviso, la figura inmóvil de un hombre apareció ante sus ojos. Resultaba extraño que bajo aquella temperatura glacial, aquel individuo permaneciese allí, como clavado, sin hacer el menor movimiento.

Por un instante, el temor hizo latir más aprisa el corazón de aquella desgraciada. Pero el temblor convulsivo que sacudía el cuerpo medio desnudo de los pequeños llegó a hacerse tan intenso, que

el miedo cedió bruscamente para dejar paso a la madre.

—¡Señor! ¡Señor!—musitó angustiada, cuando hubo llegado junto al hombre—. ¡Se me mueren de frío!

El rostro del que esperaba se volvió hacia ellos. Aun en la obscuridad podían distinguirse sus ojos grandes, animados por una dulce expresión, que en aquel momento aparecía nublada por algún oculo pesar. Su figura era esbelta, y todo en él denotaba al hombre que disfruta de una buena posición.

—¿Qué le ocurre, buena mujer?—preguntó, con distraído acento.

—¡Los matará la noche, señor!—repuso la infeliz madre, señalándole a las dos criaturas, que se apretaban contra ella.

—¿Son hijos suyos?

—Sí.

De su bolsillo interior extrajo el desconocido una cartera.

—¡Tome!—dijo, entregándole un billete.

La mano de la mujer tembló al contacto con aquel papel que le brindaban.

—¡Es mucho, señor!—protestó—. Donde quiera que vaya a cambiarlo, creerán que lo he robado, cuando se fijen en mis ropas...

—No tema, buena mujer—contestó aquel hombre, sacando de su cartera una tarjeta—. Aquí está mi nombre, y puede usted darlo como una garantía.

—¡Gracias! ¡Gracias!—murmuró, deshecha en llanto, la madre infeliz—. ¡Que nunca haya una pena para ese hermoso corazón!

La miró un momento el desconocido, mientras que se alejaba. En sus pupilas, de un negro intenso, asomó una intensa expresión de dolor. Su mirada abandonó definitivamente a la mendiga, que se alejaba dichosa, y volvió a clavarse con obstinación en un balcón iluminado, perteneciente a un hermoso edificio enclavado en medio de un frondoso jardín.

—¡Carmina! ¡Carmina!—suspiró—. ¿Serán tan crueles que no permitirán que volvamos a vernos?

Pareció que un sollozo iba a escapar de su garganta. Bruscamente se llevó el pañuelo a los ojos para retirarlo un momento después, humedecido por las lágrimas. Una vez más, su mirada volvió a quedar quieta en el balcón iluminado del edificio que tenía enfrente.

—¡Si yo pudiese verla!—murmuró—. ¡Si

yo pudiera con mi cariño devolverle la salud que hoy le falta!

Parecía que con aquella mirada quería penetrar los muros de aquella casa, para así no perder un detalle de lo que dentro ocurría. De haber podido hacerlo, se habría sentido desfallecer al distinguir, entre las albas sábanas de un lecho riquísimo, el rostro intensamente pálido de una joven, en el cual la muerte parecía haber impreso su garra.

La belleza de esta mujer, casi niña, era extremada. Un dolor incurable debía de morderle en el corazón, ya que en sus ojos, negros y grandes, vivía la expresión de una pena infinita.

Junto a su lecho y en una actitud de muda contemplación, otra joven, tan bella como la primera, lloraba en silencio.

La mirada de la enferma se apartó un instante del balcón que había en la estancia, para fijarla cariñosamente en la que sollozaba.

—¡Aurora!—musitó, con voz débil.

—¿Qué quieres, Carmina?

La joven que aparecía postrada en el lecho acarició las manos de la que permanecía sentada.

—¿Lo has visto?—preguntó.

—No.

Un suspiro ahogado entreabrió los labios descoloridos de la enferma.

—¡Qué pena, Aurora!—comentó—. ¡Tú no sabes lo que es sentirse morir, sin que esté a nuestro lado la persona a quien queremos!...

—¿Por qué dices eso, Carmina? No me gusta que hables así, precisamente cuando vas mejorando.

La cabeza de la enferma se movió de un lado a otro con dificultad.

—Es inútil que quieras engañarme—murmuró—. Desde hace unos días, siento que la muerte ronda a mi alrededor...

—¡Bah! Aprensiones.

—No... A ti no puedo engañarte, buena amiga... Esto se acaba... Lo siento por ti..., por todas... y, sobre todo, por él... ¡Pobre Arturo!

Un nudo angustioso oprimió la garganta de Aurora.

—Tú verás como sois felices todavía...—dijo—. Seguramente estará de centinela frente a esta casa, esperando que tú le des la alegría de verte aparecer.

Se pasó Carmina la mano por la frente, como si quisiera alejar de ella recuerdos dolorosos.

—¿Has visto a mi padre?—preguntó.
—Sí... Hace un momento estaba en su despacho, sosteniendo una animada conversación con Fernando... Seguramente hablaban de ti...

—¿Quién sabe!
—Reconoce que esta situación no puede prolongarse mucho... Al fin y al cabo, tu padre tendrá que ceder.

—¡Mal lo conoces, Aurora! Antes que eso preferiría mil veces perderme...

—¡Mujer!
—Te asombra, ¿verdad? También yo me he preguntado muchas veces qué es lo que motiva ese odio tan grande que siente contra Arturo...

—No es odio, no—interrumpió su amiga—. Casi podría decirte que tu padre lo quiere... Pero eso no importa para que lleve razón al rechazarlo para marido tuyo...

—¡También tú!—comentó Carmina con amargura.

—No me has entendido, mujer... Lo que quería decirte con esas palabras mías, es que un padre que vele por la felicidad de su hija, no debe de querer para ella un hombre de esas condiciones...

—Arturo es bueno...—defendió la enferma.

—Lo sé.

—Es caritativo y no puede ver el dolor ajeno sin conmoverse...

—Desde luego... Pero es vicioso, Carmina. Todas las locuras de la juventud han encontrado en él un fácil arraigo, y Madrid entero conoce su vida licenciosa...

—Lo conceptúan mal, Aurora... Es imposible que en un corazón como el suyo la maldad pueda tener asiento... ¡Quién sabe lo que pueda haber sido causa de todas sus locuras!

Una lágrima rodó suave por sus mejillas.

—¡No llores, mujer!—pidió Aurora, conmovida.

—¿Qué quieres que haga, cuando veo que hasta tú misma lo acusas?... Confía en ti para que me ayudases a vencer la terca resistencia de mi padre, y veo que me engañaba...

—No, Carmina, no...—protestó la joven con vehemencia—. A pesar de que el corazón me dice que habrás de ser desgraciada con él, puedes contar conmigo... ¿Qué no haría yo por ti?

—¡Gracias, amiga mía!—exclamó la en-

ferma, en cuyas pupilas fulguró un rayo de esperanza.

—¿Escribiste a don Armando?

—Sí.

—¿Crees que vendrá?

—Desde luego... Después de mi padre, quizá sea la persona que más me quiera... Estoy segura de que pronto lo tendremos aquí en unión de su hija Beatriz...

—El puede constituir una valiosa ayuda.

—Sí... También Fernando querrá ayudarnos...

—¡No sé! Desde hace algún tiempo lo veo muy preocupado...

—No importa.

El ruido que producían unos pasos en la estancia vecina cortó aquel diálogo. Aurora, como impulsada por un violento resorte, se puso en pie.

La puerta de la habitación se abrió lentamente, y tres hombres aparecieron en el umbral y se dirigieron, sin cere-



monia alguna, hacia el lecho donde yacía postrada la enferma.

—¿Cómo van esas fuerzas?—preguntó a Carmina el que parecía de más edad entre ellos.

—Lo mismo, doctor—contestó la joven con voz que parecía un suspiro.

Con un gesto silencioso tomó el médico el pulso a la enferma. Una arruga más honda que las demás surcó su noble frente.

—¿Me permite usted, amigo Alcaraz, que hable un momento a solas con su hija?—inquirió, dirigiéndose al otro anciano que lo acompañaba.

Asintió éste con un movimiento afirmativo de cabeza, y en unión del joven que le acompañaba y de Aurora pasó a la habitación contigua.

Poco después, el doctor se reunía nuevamente con ellos.

La mirada del padre de la enferma se clavó con ansiedad en el rostro del galeno, intentando leer sus pensamientos.

—¿Cómo encuentra a Carmina?—preguntó.

—Igual.

Un suspiro de dolor se escapó del pecho del anciano.

—¿A qué achaca esa criminal dolencia, doctor?

—Confieso que hasta hace un momento desconocía qué clase de mal ha hecho presa en ella... Ahora ya sé con qué enemigo tengo que habérmelas, y estoy seguro de que sabré vencerle...

—¿No me engaña, amigo Aguilera?—preguntó don Luis de Alcaraz, a quien la alegría que experimentaba en aquellos momentos hacía parecer incrédulo.

—No... Pero es necesario que usted también haga algo.

—¿Yo?

—Sí... Necesito hablar con usted.

—Puede hacerlo, doctor... Este joven es mi ahijado Fernando, para quien no tengo secretos.

—Bien... En ese caso, procuraré ser breve... La vida de su hija, amigo Alcaraz, está seriamente amenazada...

La expresión de una sorpresa dolorosa contrajo las facciones del anciano.

—¿No decía antes...?—interrogó con angustia.

—Sí... Le he asegurado que conozco su enfermedad y que estoy convencido de que mejorará rápidamente en el momento en que usted se lo proponga...

—¿Yo?

—Sí... La enfermedad de Carmina es más bien moral que física. Su naturaleza, sumamente impresionable, no puede resistir sin un gravísimo quebranto, nada de cuanto signifique para ella un profundo dolor...

—¿Y cree que es eso lo que ahora la tiene postrada en cama?

—Lo afirmo. Su hija, amigo Alcaraz, recobrará rápidamente la salud, si usted consiente en su matrimonio con Arturo Ródenas—replicó con firmeza el doctor.

Las manos del anciano se cerraron violentamente, con una crispación nerviosa. Hombre de ideas rectas y firmes, no sabía ceder a la primera llamada que se le hiciese al corazón.

—¿Y si me niego?—preguntó.

—¡Ah! Entonces, puedo también asegurarle plenamente que ella morirá sin remedio.

Se mordió los labios el anciano hasta hacer brotar de ellos la sangre.

—No puedo creerlo—exclamó—. Mi hija sabe que tengo motivos poderosos para negarme.

—De esas cosas no entiende el corazón, amigo Alcaraz—repuso el médico, con un acento que llenó de frío el alma de aquel padre—. Se entrega sin fijarse si es digna o no la persona a quien se lo confía en depósito...

—No puede ser..., no puede ser...—articuló el desgraciado anciano—. Ceder en eso significaría arrancarla de una muerte probable para condenarla a otra sin remedio, y que sería más larga y más dolorosa...

La sinceridad que desbordaban las palabras del anciano quebrantó un tanto la serenidad del doctor Aguilera. Pero aquella indecisión vivió en él unos instantes solamente.

—Ignoro—dijo—los motivos que usted tenga, querido amigo, para hablar así... Sean los que sean, es para usted un caso de conciencia ceder... La vida de Carmina depende solamente de una palabra suya, y usted no puede condenarla...

—¿Y después?...

—El mañana es un misterio, y en nombre suyo no se puede dictar ninguna sentencia... ¿No lo comprende?

Escondió el padre de la enferma su rostro entre las manos. Una lucha feroz acababa de entablarse en su corazón, y

sentía en él ese dolor vivo, punzante, de las grandes conmociones.

Fernando había permanecido mudo. En su semblante, que un algo indefinible hacía parecer antipático a primera vista, no se había movido ni un músculo siquiera, durante el diálogo de aquellos dos hombres. Más bien pudiera haberse creído que tenía su pensamiento puesto en algo muy lejano, al verlo con los ojos bajos, como si le interesase mucho registrar con la mirada el pavimento.

Ante el dolor bien visible del anciano, se aproximó a él y puso sobre su hombro una mano fina y señorial.

—El doctor Aguilera lleva razón, padre—exclamó—. Usted no puede condenar a Carmina a la muerte...

Levantó la cabeza don Luis, como si aquel reproche de su ahijado le lacerasa el alma.

—¿Por qué me dices eso, Fernando? ¿No sabes cómo la quiero?—le interrogó, dejando que todo el dolor que sentía se asomase a sus pupilas cansadas.

—Sí, padre mío; lo sé... Por eso me duele doblemente tenerle que aconsejar de esta manera... Ceda; se lo ruego...

Todo cuanto había en aquel padre de amor para su hija, se rebelaba abiertamente a ceder. Le parecía un crimen monstruoso entregar a Carmina, a sabiendas de que con ello deshacía su felicidad para siempre.

—¡Vamos, amigo Alcaraz!—rogó el doctor una vez más—. Las buenas acciones no deben pensarse tanto...

Una sonrisa, amarga como la hiel, que inundaba en aquellos momentos su corazón, plegó los labios del anciano.

—No podría ahora mismo, no—balbuceó—. Dejadme siquiera que lo piense.

Un fulgor de triunfo animó los ojos del médico. Dirigió a Fernando una rápida mirada, que equivalía a una orden, y consideró importuno e impropio volver a insistir. Se despidió de don Luis con algunas frases amables.

—¿La encuentra muy mal, doctor?—preguntó Fernando, que había acompañado al galeno hasta la puerta.

—Mucho... Sólo una palabra de su padre la puede salvar.

Todavía lo detuvo el joven unos momentos, cuando ponía el pie en el estribo del coche para subir.

—Yo trataré de convencerlo, y si lo consigo...

Quedó la frase en el aire, mientras que el coche arrancaba velozmente. Ya se disponía Fernando a trasponer la verja del jardín, cuando inopinadamente se sintió tocado en un hombro. Se volvió con presteza para ver de quién se trataba. La profunda obscuridad de la noche apagó, sin que hubiese sido notado, el destello de odio salvaje que había brillado en sus ojos al reconocer a quien lo había detenido.

—¿Eres tú, Arturo?—exclamó.

El desconocido, a quien antes hemos visto contemplando desde el paseo la luz del balcón, fijó en Fernando una mirada de angustia suprema.

—Lo he oído todo—dijo con terrible vehemencia—. Sólo vosotros podéis salvarla, y no creo que seáis tan crueles que la dejéis morir.

—¿Te refieres a Carmina?

—Sí... Me consta que está al borde de la muerte, y sé también que una palabra de don Luis alejará ese peligro...

—Así es—respondió Fernando con voz sorda.

Las manos de Arturo se retorcieron en un ataque de desesperación.

—¡Salvadla!—pidió—. Influye tú cerca de tu padre adoptivo para que cese en su oposición... Somos amigos de siempre, Fernando, y te lo pido por esa misma amistad que nos unió constantemente...

El ahijado de don Luis levantó su vista del suelo, donde había estado fija hasta entonces. La animaba una expresión fría, glacial.

—Prometo ayudarte—exclamó—. Ahora mismo hablaré con mi padre y trataré de que deponga su actitud.

Sintió la mano de Arturo que le oprimía el brazo con fuerza increíble, en señal de mudo agradecimiento, y vio después cómo se alejaba de su lado.

Tambaleándose, como si estuviese ebrio, traspasó de nuevo la verja del jardín. Su rostro había palidecido terriblemente, y en su boca se dibujaba una mueca de dolor. Sin temor alguno al frío terrible de la noche, se dejó caer, desolado, en un banco. Durante unos minutos su pecho se agitó con un sollozo convulsivo y permaneció con la cara escondida entre las manos. Parecía la imagen de la desesperación.

—¡La quiero! ¡La quiero!—murmuró.

Inconscientemente, había dejado escapar por sus labios toda la infamia que

anidaba en su alma. Brutalmente, aquella pasión que le roía el corazón se manifestaba plena, sin ningún disimulo.

Una sonrisa espantosa crispó sus facciones.

—¡Sí!—exclamó a media voz—. Convenceré a ese hombre que se cree mi padre, y así lograré que ella se salve... Pero después...; después será mía... La quise, aun creyéndola mi hermana, y se la disputaré ahora al mundo entero...

Se levantó del asiento, espantosamente lívido.

—Debo de estar descompuesto—murmuró.

Decidió pasear un rato por el jardín para dar lugar a que su rostro volviera a serenarse. Hábil maestro en el disimulo, había de seguir haciendo uso de una conducta hipócrita y falaz, que sin despertar siquiera una sospecha, lo llevase al triunfo de sus planes.

Capítulo II

SOL ENTRE NUBES

Las palabras terminantes del doctor Aguilera causaron una impresión hondísima en el padre de Carmina. Viudo desde hacía bastante tiempo, todo el amor de que su alma noble era capaz, habíase concentrado en su hija Carmina. Para ella, para aquella niña que empezaba a dar sus primeros pasos en la vida sin el apoyo y cariño de una madre, lo fué todo. Padre, amigo, mentor. Procuró inculcar en Carmina los sentimientos nobles de que él estaba revestido, y ya mujer pudo comprobar, con orgullo filial, que sus esfuerzos no habían caído en el vacío.

Intimamente unido a este amor que sentía por su hija, había sabido poner el que sentía por Fernando. Para él no hubo distingos entre la hija legítima y aquel a quien creía hijo de la aventura.

En su nobleza de alma, no podía caber la sospecha de un engaño. Creyó de buena fe todo cuanto aquella mujer quiso manifestarle, y consideró entonces como un deber ineludible hacerse cargo de aquel hijo que la perfidia de una aventurera sin escrúpulos le otorgaba.

Así crecieron juntos Carmina y Fernando. Ella, amando a aquel niño con verdadera abnegación. El, que también la

creía su hermana, poniendo en ella su pasión torpe y obscena.

Don Luis, ya solo en su habitación, evocó con enorme tristeza todo un pasado de dicha. Le parecía imposible que la irreflexión de Carmina, enamorándose de Arturo Ródenas, lo hubiese colocado en aquel dilema angustioso de ceder o condenarla a la muerte.

Durante más de media hora paseó su agitación por la estancia. Fué una lucha la suya terriblemente dolorosa. El mismo cariño que le aconsejaba violentar la inclinación de su hija, puesto que accediendo labraba su desdicha, le hacía doblegarse ante el temor de que el pronóstico angustioso del doctor pudiera cumplirse.

Al fin, como si no pudiese resistir por más tiempo aquel combate interior, que terminaría destrozándolo, abandonó su dormitorio para dirigirse a la alcoba de su hija. Marchaba encorvado, sintiendo que en aquella noche había envejecido diez años.

Con mano temblorosa abrió la puerta del dormitorio. Sus pupilas cansadas, en las que había el reflejo de una pena infinita, quedaron fijas en el rostro cadavérico y extremadamente bello de su hija.

—¡Carmina!—exclamó.

Lo miró ella con una dolorosa resignación en los ojos. Ante la caricia amorosa del padre, una lágrima tembló, des-pavorida, en sus pestañas de seda.

—¿Qué quieres, papá?—interrogó dulcemente.

—Por última vez quiero llamarte a la razón...

—¿Para qué, padre mío? A pesar de que me quieres tanto, no puedes comprenderme.

—Sí, hija; sí... Vamos a hablar sinceramente, y así tal vez encontremos un medio para que todo se pueda arreglar.

—Sólo hay uno, papá.

—¿Cuál?

—Que tú depongas esa actitud tan injusta para Arturo.

—¿Sabes lo que me pides, hija mía?

—Sí... Mi felicidad.

—Te equivocas, Carmina... Si por salvarte la vida estoy dispuesto a consentir, no por eso dejo de comprender que así es como labro tu desgracia...

—No, papá... Arturo es bueno.

—¡Qué sabes tú de eso, pequeña! Para conocer a los hombres, te falta lo más

necesario, que es haber vivido mucho...

—Es igual.

—Nunca... Arturo no es hombre que convenga a ninguna mujer... Lo reúne todo... Juerguista, bebedor... y, sobre todo, ese vicio funesto del juego, que lo mismo puede conducirle al deshonor que al crimen...

—Eso era antes, papá...

—El que desgraciadamente posee ese vicio no tiene cura posible.

—Me ha prometido no volverlo a hacer...

En el rostro del anciano se reflejó un gesto de duda.

—Lo dudo, Carmina... Aun admitiendo que el amor que sienta por ti lo haya inducido a hacerse a sí mismo esa promesa, día llegará en que fatalmente sentirá la añoranza de volver a jugar... Cuando la garra del juego prende en las costumbres de un hombre, no hay poder humano que lo libre de ella... Piénsalo, Carmina... Te lo dice tu padre, que sólo quiere para ti la felicidad...

—Te lo agradezco, papá... Pero lo malo, lo terrible, es que ese consejo llega ya tarde para mi corazón... ¡Perdóname! Quiero a Arturo con toda mi alma, y yo haré que mi cariño sea un freno para él...

—¡Pobre hija mía! Muchas, antes que tú, creyeron lo mismo, y el final de su vida las sorprendió creyéndolo aún... ¡No seas tú de esas, Carmina! Reflexiona y verás cuánta razón hay en estas palabras de tu padre... Por otra parte, Arturo no dispone ya de capital...

—¿Qué importa eso, papá? ¿Acaso es el dinero necesario para ser feliz?

—Ayuda, por lo menos...

—No, no... Además, si él está arruinado, no sólo es su vicio el culpable.

—Sí; lo sé... Como todo aquel que no conoce el valor del dinero por no haber tenido el trabajo de ganarlo, él lo ha derrochado a manos llenas...

—Se corregirá, padre mío.

Cerró Carmina los ojos un momento, como si pretendiera que no escapase por ellos una hermosa visión de su alma.

—Es bueno..., es bueno—insistió—. Me quiere, y su cariño lo ha de volver otro hombre.

—¡Ojalá sea así, hija mía! Pero..., ¿y si te equivocas?

—Entonces, no podrás sentir nunca el remordimiento de que no me lo avisaste y yo sabré sufrir sola las consecuencias...

Abatió el anciano la cabeza, como

si se la venciese el peso de una grave culpa. La decisión que acababa de tomar interiormente, destrozaba su corazón.

—¡Hágase tu voluntad!—murmuró.

Un grito débil de alegría escapó de los labios de la enferma.

—¡Qué bueno eres, papá!—exclamó, mientras que el gozo arrasaba sus pupilas.

De haber contado con fuerzas, el contento la habría hecho arrojarle al cuello de su padre, para pagarle así lo que acababa de hacer por ella.

—No pienses en ello, hija mía... Ahora, de lo único que debes preocuparte es de ponerte buena... ¿Sabes a qué hora estará Arturo mañana en su casa?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Necesito enviarle un recado para que venga.

—¿Mañana?

—Sí, naturalmente... ¿Voy a enviárselo ahora, impaciente?

—Está ahí fuera, papá.

—¿En la calle? ¿Con este frío?—preguntó, asombrado, don Luis.

—Sí, padre mío... Cuando se quiere a una mujer, la nieve no debe intimidar...

Un suspiro doloroso escapó de los labios del anciano. Una duda quedaba flotando en su alma, y esto le hacía sufrir terriblemente.

—Voy a disponer que le llamen—dijo.

—¿Te vas sin besarme?

El rostro de los dos quedó unido en una caricia suprema.

—¿Sufres, papá?—preguntóle Carmina.

Disimuló el anciano su contrariedad.

—No, hija, no... ¡Pero Dios quiera que no tengamos nunca que arrepentirnos de lo que hemos hecho esta noche!

Un momento después, Arturo se encontraba ante don Luis en el despacho de éste. Todavía bajo la impresión del tremendo frío de la calle, no podía evitar un estremecimiento de vez en cuando.

—Siéntate—le dijo el anciano—. Vamos a hablar serenamente, como corresponde a nosotros.

—Le escucho, don Luis.

—Hasta ahora me he negado rotundamente a que tus relaciones con mi hija continuaran...

—Lo sé.

—Supongo que no tendré que decirte la causa...

—No... Y si quiere que le sea sincero, la razón ha estado de parte de usted...

—Celebro que lo reconozcas... Ahora necesito saber cuáles son tus propósitos...

—Trabajar, para así dignificarme.

—¿Es firme esa decisión?

—Completamente.

—Bien... Ya sabes que mi hija está gravísima... Según el doctor que la ha visitado, su enfermedad no tiene otra causa que la contrariedad que le ha producido ver que yo no aprobaba vuestras relaciones... Como comprenderás, lo primero que hay para mí, es la vida de ella..., y eso es lo que me obliga a cesar en mi negativa.

Hasta los ojos del joven llegó el agradecimiento que sentía en el alma.

—¡Gracias, don Luis! ¿Lo sabe eso ella?

—Sí... Ahora acabo de decírselo... Por eso, desde este momento, estamos obligados a olvidar, tanto tú como yo... Pero escucha un ruego que quiero hacerte...

—¿Usted?

—Sí, yo... Te doy una hija, que es mi alegría y mi orgullo... ¡Júrame que no la harás desgraciada!

—Se lo prometo, don Luis—repuso Arturo, conmovido por el dolor bien visible del anciano—. Le juro que no volveré a jugar más...

—¡Hazlo por ella! Que cuando yo me consuma aquí solo, de tristeza, viendo lo sola que esta casa se queda sin su presencia, que por lo menos me quede la alegría de saber que tú cumpliste tu palabra y que la has hecho feliz.

—Lo haré...

—Confío en tu palabra, Arturo... Pero si no quisieras cumplirla...

Quedó la frase en el aire, como una amenaza. Arrepentido de haber querido pronunciarla, se acercó al joven y lo estrechó entre sus brazos.

—Vuelve mañana—le indicó—. Ahora no conviene que la veas, porque la alegría podría serle fatal.

Se despidieron ambos hombres con un afectuoso apretón de manos.

Cuando vió don Luis que el novio de su hija había ya desaparecido, volvió al cuarto de Carmina.

—¿Lo viste, papá?—preguntó ésta apenas lo vió entrar.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Figúrate! Me ha prometido enmendarse y que sólo procurará siempre tu felicidad...

—¿Lo ves, padre mío?

—¡Ay, Carmina! ¡Si tú supieras qué distinto es ofrecer y cumplir!

—Tú verás como no.

Se acercó el padre hasta la cama, y acarició los negros y sedosos cabellos de Carmina.

—¿Me guardas rencor, hija mía?—preguntó.

—¡Papá!

—¿Estás ya contenta?

—¡Oh, sí! ¡Mucho!

—Pues ahora dame pronto la alegría de verte buena otra vez.

La besó con pasión, igual que si la hubiese perdido y otra vez la hubiera recuperado. El dolor que momentos antes sentía, había cedido para dejar paso a un sano optimismo.

Salió de la habitación lentamente, con el pensamiento puesto en el porvenir. En su profunda abstracción, no pudo reparar en Fernando, que se mostraba sentado en un sillón de la estancia inmediata, y cuya mirada era una muestra elocuente de la tempestad de celos, rencor y envidia, que había tomado su alma como un campo de experimentación.

Capítulo III

PROFECIA CUMPLIDA

El amor satisfecho es la mejor medicina para los amantes. Así, en cuanto Carmina adquirió la prueba fehaciente de que su padre no continuaba siendo un obstáculo para su felicidad, empezó a mejorar rápidamente, y poco después se encontraba restablecida.

Jamás brilló la alegría más intensamente en sus negras pupilas. Para su corazón, Arturo lo era todo. En la rosa abierta de su juventud, creía firmemente que el amor no termina jamás. Claro es, que su joven prometido hacía todo cuanto le era dable por mantenerla en esa creencia.

Dotado de un excelente corazón, la felicidad de Carmina era su única preocupación. Con el natural asombro de sus amistades, abandonó por completo su antigua vida de disipación y de placeres, y consagróse por entero a aquella mujer, en la que había adivinado un caudal inmenso de ternura.

No tuvo para ello que esforzarse. Le

bastaba pensar que alguna cosa podía ser motivo de sufrimiento para Carmina, para que él abandonase la idea de realizarla. Arturo Ródenas podía haber sido otro hombre. De haber tenido una mano inteligente y cariñosa que lo hubiese guiado en el accidentado camino de la vida, sus condiciones morales habrían diferido mucho de las que poseía.

Pero solo en plena juventud, dueño también de un inmenso caudal, del cual nadie tenía que pedirle cuentas, fué deslizando poco a poco por la cuesta florida del vicio, hasta quedar convertido en una persona indeseable.

Todavía el amor de Carmina, acompañado de la oposición de su padre, llegó a tiempo para que pudiera salvar la mitad de su fortuna. A partir de aquel momento, todo cuanto no fuese ella acabó para Arturo.

Tan sincero era su arrepentimiento, que don Luis vió desvanecerse poco a poco sus temores. Creyó, como él, que al hacer una renuncia incondicional de su pasado, jamás volvería éste a resucitar.

Pero, ¡ay!, vivía Fernando. Su astucia y su abominable talento habían obrado el milagro de que nadie desconfiase de él, y preparaba su venganza en la sombra. Su perverso corazón no dejó que escapase al exterior un grito de protesta, cuando fué ya un hecho la boda de Carmina. Al contrario. La apoyó con todas sus fuerzas, y aun tuvo valor para brindar por la dicha futura de los esposos, en el "lunch" que siguió a la ceremonia de unirlos.

No tuvo en cuenta cuando se juró a sí mismo que Carmina había de ser suya, los inmensos favores que de don Luis había recibido. Su alma tenebrosa era incapaz de sentir el agradecimiento, y mucho menos de conmoverse ante el posible dolor del anciano.

Por otra parte, su situación era cada vez más violenta. De haber confesado a su padre adoptivo la pasión insensata que sentía por su supuesta hermana, hubiese tenido que hacerle ver que había sido víctima de un nuevo engaño, al creer las palabras de su madre, cuando le aseguraba la paternidad.

Esto, que hubiese sido lo más noble en él, no entraba en sus cálculos, por no convenirle en modo alguno. En continuo contacto con la aventura, ambos habían planteado sin ningún escrúpulo el modo

de servir mejor sus intereses. Para Amalia, aquel desliz tenido con dos Luis Alcaraz, cuando ya éste estaba comprometido con la que había de ser más tarde su mujer, había resultado una mina. Casada con un individuo sin escrúpulos, aprovechó que éste se marchaba para no volver, dejándola encinta, para afianzar aún más los lazos que habían de unirlos al padre de Carmina. Vió que hacerle creer que aquel hijo era suyo podía constituir para ella un buen negocio y no dudó ni un instante.

Así, nada tiene de extraño que Fernando, que hasta hacía muy pocos años no había pensado en otra cosa sino en el estudio, se aliara en cuerpo y alma a la que le dió el ser, ya que ambos tenían los mismos instintos de fiera.

Después de efectuado el matrimonio de Carmina y Arturo, don Luis sintió amargamente todo el peso de su soledad. Para mejor librarse de ella, decidió que Fernando continuase a su lado, sin poder presumir que con ello alimentaba a una víbora, que no había de tardar mucho en revolversse para morderle.

Cuando ya hubieron regresado los jóvenes esposos de su largo viaje de novios, el buen anciano observó atentamente a su hija. Más bella que nunca, de su rostro irradiaba un halo de felicidad. Respiró satisfecho. Aquello que él tanto temía, todavía no se había realizado.

Fernando creyó que ya era el momento de empezar a poner en práctica sus planes. Más que nunca, estrechó entonces su amistad con Arturo. Y poco a poco, con artes diabólicas e hipócritamente, le fué haciendo volver a sus costumbres de soltero.

Para Carmina fué un golpe fatal. Pausadamente, la fe que había puesto en él iba desapareciendo de su alma. Se vió sola, abandonada; hasta ella llegó el rumor de las infidelidades de Arturo, y sólo supo llorar.

Cuando don Luis pudo apercibirse de aquello, ya habían pasado dos años, y Carmina era madre de un niño encantador. Una mueca de rabia apareció en el rostro del anciano, al convencerse de que su profecía se había cumplido.

Padre e hija lloraron juntos. Todavía el cariño que sentía Carmina por su marido, hacía que a veces quisiera disculparlo. Pero siempre encontraba la réplica



acertada de don Luis, que juzgó aquel mal como una cosa irremediable.

Y no era que Arturo hubiese dejado de amar a Carmina. Era que su condición de calavera le impulsaba siempre a buscar nuevas aventuras, que llevaba el vicio metido hondamente en su forma de ser, y la visión de un hogar apacible y tranquilo crispaba sus nervios.

Ante la ruina de aquella casa, don Luis adoptó medidas heroicas. Vendió el hotel de la Castellana, y en unión de su hija y su nieto se trasladó a Segovia, para habitar una finca propiedad del celebrado escritor don Miguel Altuna, amigo íntimo suyo.

No quiso acompañarlos Arturo. Arrepentido de haber faltado así a su palabra, dando origen con ello a la infelicidad de su mujer, decidió quedarse en Madrid, ocupando el cargo de cajero en una casa de Banca.

En su puesto, cumplió su deber sin un desmayo. Durante cuatro años fué el empleado modelo, que está siempre atento

al ejercicio de su obligación. Todos los sábados, al atardecer, tomaba el último tren para la ciudad castellana, donde permanecía hasta la mañana del lunes, feliz junto a su esposa y su hijo.

Parecía regenerado totalmente. Pero en la sombra, acechando siempre como un tigre la ocasión, Fernando, el genio del mal, espiaba.

Capítulo IV **TRES SUJETOS**

La vieja ciudad castellana, envuelta en el denso misterio de la noche, parecía totalmente dormida. A la luz de los escasos faroles de gas, los que se atrevían a deambular por las estrechas y retorcidas calles de Segovia, lo hacían aprisa, como si no pudieran contener su gran deseo de encontrarse al abrigo de las cuatro paredes de su casa: Entre los escasos

transeúntes, se destacaba uno que parecía tener más apariencia que los demás.

Ya llevaba recorrida varias calles, cuando se detuvo ante la puerta de una casa de aspecto antiguo. Antes de decidirse a llamar miró a uno y otro extremo de la calle, acaso porque sintiese el temor de haber sido espiado. Debí tranquilizarle la absoluta quietud que se observaba en la calle, toda vez que cogiendo el aldabón de llamada lo dejó caer suavemente.

Un momento después, la puerta se abrió sigilosamente, y el desconocido penetró en la casa sin ninguna vacilación.

—¡Ya era hora!—se oyó exclamar a una mujer desde el interior de la casa.—¿Por qué vienes tan tarde?

Cerró la puerta el recién llegado y miró a la que así había hablado.

—No ha sido culpa mía—disculpó—. ¿Y mi padre?

—En su habitación.

Subieron los dos la estrecha y pina escalera y penetraron en una habitación iluminada débilmente, y en la que un hombre, de pelo canoso y mirar reconcentrado y adusto, permanecía sentado al amor de la lumbre, medio apagada, de una chimenea.

El que debía ser habitante de aquella casa miró al recién llegado, que no era otro que Fernando, el ahijado de don Luis Alcaraz. Tomó éste asiento sin ningún preámbulo y esperó, con la vista fija en los leños, a que lo hiciese también la mujer que le había abierto.

Era ella, alta, esbelta. Su edad no pasaría, ciertamente, de los cuarenta años. A pesar de ello, aquella mujer denotaba haber sido hermosísima; a juzgar por la corrección admirable que conservaban sus facciones. En sus pupilas, aceradas y negras, había siempre una expresión manifiesta de indomable energía.

—Empezábamos a estar intranquilos con tu tardanza—exclamó el más viejo—. ¿Qué es lo que te ha ocurrido?

—Nada—repuso Fernando acercando más a la lumbre los pies—. El tren no camina todo lo ligero que hubiéramos querido.

—¡Ah! Temíamos que el golpe te hubie-
ra fallado...

Una sonrisa indescifrable se dibujó en el rostro del joven.

—¿Tan torpe me creéis?—preguntó.

—No..., no es eso... Pero a veces no

salen las cosas tal como uno quisiera—habló la mujer.

—Pues tranquilizaos... Todo ha salido perfectamente.

—¿Sí?

—¡Ya es mío!

Se frotó el viejo una mano contra otra en señal de satisfacción.

—¿Has podido traerte el dinero? ¿Cuánto había?

—¡Bah! Poco... Pero lo que menos debe de importarnos en esta ocasión es lo que hubiera... Lo esencial para nosotros es que Arturo Ródenas está perdido... A nadie podrá demostrar que no ha sido él quien ha robado la caja del Banco...

—Pero..., ¿qué dinero había en ella?—insistió el viejo, a quien la cantidad era lo único que le interesaba.

—Quince mil duros... Yo he cogido diez mil y he dejado allí el resto.

—No veo la necesidad de esa tontería.

—Tú, no; pero yo, sí.

—Yo tampoco lo comprendo—arguyó la mujer, que lo había escuchado todo en silencio.

—Como comprenderéis, tengo mis planes—explicó Fernando, sonriendo.

—¿Planes? ¿Cuáles son si puede saberse?

—Hundir para siempre al marido de esa hermana postiza que tengo... ¡Para vosotros, el dinero! Para mí, la satisfacción enorme de ver como no puede defenderse Arturo de la acusación de ladrón, que ya quizá habrá pesado sobre él.

—¡Muy seguro estás, Fernando!—replicó el viejo—. ¿Y si te descubren?

—No, padre, no... He sabido hacerlo.

—¿Cómo te las has arreglado?—interrogó, curiosa, la mujer.

—De una forma sencillísima, madre... En el momento en que llegué a Madrid, me dirigí a visitarlo a su despacho, sin pérdida de momento...

—¿No le habrá extrañado eso?

—No... Hacía tiempo que no nos veíamos, y era natural que yo tuviese interés... Hablamos de muchas cosas, y entre ellas de la cuestión dinero... El, que es franco, me confesó que no tenía un céntimo, y entonces creí llegada la oportunidad de ofrecerle, prestados, unos cuantos miles de pesetas... ¡jamás podréis haceros cargo de la alegría que experimenté cuando oí que los aceptaba!...

—¡Buen tonto fuiste!

—No lo creáis... Todo el mundo sabe

cómo le domina la pasión del juego, y esas pesetas que yo le he dado, estoy seguro de que han de servirle para probar fortuna en el tapete verde.

—¡Ah! Me parece que empiezo a comprender, y si es lo que yo me figuro habrá que confesar que eres un hombre de recursos, hijo mío—exclamó el viejo.

—Pues claro... Una vez que tuvo el dinero en su poder, yo aproveché un momento en que me dejó solo para robar ese dinero de la caja, que estaba cerrada, pero cuya clave yo conocía...

—¡Admirable!—comentó la mujer.

—Pero no queda ahí la cosa... Como necesitaba estar seguro de lo que hacía Arturo al salir, lo aceché desde un café próximo y le vi dirigirse a una sala de juego... Por un momento tuve el presentimiento de que iba a ganar, en cuyo caso todo mi plan venía a tierra... Pero no fué así... Confundido entre la gente que había alrededor de la ruleta, le vi perder hasta la última peseta que yo le había dado.

—Sí... Pero lo más fácil será que él oculte a su jefe la falta de esa cantidad en la caja, por temor de que lo crean culpable—sugirió la mujer.

—Cuando yo hago una cosa, la hago completa, madre... Arturo no podrá ocultar eso.

—¿Por qué?

—Yo mismo he avisado a su jefe de que el esposo de Carmina ha vuelto a jugar cantidades crecidas... Así su principal sospechará, y nada tendría de particular que ya a estas horas esté todo descubierto...

—Eres un talento, hijo mío—exclamó el viejo, que se sentía verdaderamente orgulloso de ser padre de aquel engendro—. Lo único que siento es no poder yo darte también buenas noticias...

—¿Sobre qué?—preguntó Fernando, intranquilo.

—El Moreno ha sido detenido.

Una blasfemia escapó de los labios del joven. A la escasa luz que había en la habitación, pudo el viejo percibir cómo había palidecido su semblante.

—Lo temía—rugió Fernando—. ¡Lo temía! Bien sabes que hace mucho tiempo te dije que destruyeses esos billetes... ¿Tú crees que tengo ganas de que me prendan como falsificador?...

—Me parece que te apuras demasiado,

hijo—intervino la mujer—. ¿Acaso crees que él nos denunciará?

—No lo sé... Pero, de todas formas, es tener pendiente nuestra tranquilidad de una palabra suya...

—No, hombre... Tu padre y yo ya hemos decidido lo que hay que hacer.

—¿Qué es?

—Huir al extranjero cuanto antes...

A impulsos de su agitación interior, Fernando se puso en pie bruscamente.

—¡Huir!—comentó con ronca voz—. ¡Huir ahora, que lo que yo más deseo se me viene a las manos! No... Hacedlo vosotros...

—¿Y tú?

—Me quedo.

—Pero, ¿no comprendes que eso encierra un gran peligro para ti?

—¿Y qué me importa? Para mí es ella antes que todo.

—¿Ella?—preguntó la mujer, con una viva expresión de sorpresa—. ¿A quién te refieres?

—¿A quién ha de ser? ¡A Carmina!

—¿Qué le ocurre?

—Nada... Pero, ¿es que estáis tan ciegos, que no habéis notado que estoy enamorado ciegamente de esa mujer?

—¿De tu hermana?

—¡De mi hermana! La quería antes de saber que no lo era... Después, cuando ya lo supe, he tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para no gritarle al viejo la verdad. Decirle, madre, que tú le mentiste, que le hiciste creer que yo era su hijo, con el solo fin de explotarlo...

—¿Y no lo he hecho bien?

—No es eso lo que yo discuto... Es que no sé vivir sin ella, y que estoy decidido a disputársela al mundo entero... ¡Huid vosotros! ¡Yo, no! Junto a ella, que es lo único que quiero en el mundo...

Fernando se dejó caer sobre un asiento, completamente anonadado.

Lo miró aquella mujer, luciendo un rayo de ira en los ojos.

—¡Estás loco!—exclamó—. Lo que tú pretendes es imposible...

—Además de un disparate—añadió el padre.

—Bueno—atajó el joven con firmeza—. ¿Habéis podido sacarle más dinero?

—No. Don Luis no es de los que sueltan la pasta tan fácilmente... Algunas veces, hasta creo que es que sospecha la verdad...

(Se continuará.)

ESTAMPAS DE LA GUERRA

